

Amor – una semilla en mi corazón

Un año de Biodanza con niños callejeros

Gabriele Freyhoff
Traducción: Peter E. Knirsch
(Artículo de la Revista Europea de Biodanza 2000)

Escapado de casa porque de una forma u otra siempre hay peleas, porque el padre siempre está borracho, porque se reciben tantos golpes, porque apenas hay comida y por eso hay que arreglárselas a propia cuenta ... en la calle.

¡La libertad de la calle ... muchísima actividad por el día, sonidos desconocidos por la noche, la falta de un lugar para dormir ... la pandilla que presiona ... la presencia permanente del hambre ... los intentos de mendigar ... y de robar ... pero también ... ser agarrado, perseguido, golpeado ... y luego la policía: brutalidad, violencia sexual, extorsión y siempre huyendo ... ¡nada más que perder que la propia vida, ese cuerpo propio, pequeño y flaco!

Fortaleza, paraíso turístico en el noreste de Brazil, 1,7 millones de habitantes, 1,500 niños callejeros. Viven en dos grupos: uno en el centro de la ciudad, en el mundo del comercio, del caos circulatorio y de las zonas peatonales. Mendigan, roban, ofrecen servicios pequeños como limpiar parabrisas, vender bolsas de compra o acaso aprender el alfabeto en el Centro del Movimiento de los Niños Callejeros. El segundo grupo vive en los paseos de la playa, mendiga, limpia los coches de los paseantes y vive del turismo: robo, servicios y prostitución.

El acercamiento de las trabajadoras sociales de Terre des Hommes (2) es muy cauteloso: jugar juntos, aprender a dibujar, conocerse un poco, conversar e ir ganando confianza. ¡Se nota la añoranza de protección! “Será éste acaso un lugar donde pueda sentirme en casa?” Algunos niños comienzan a aprovechar del programa infantil de Terre des Hommes: capoeira (3), fútbol, bricolaje y otras ofertas de trabajos manuales. Luego, a menudo bastante tiempo después, les ofrecen alojarse en la casa de Terre des Hommes. Los varones viven separados de las chicas. Cada casa aloja a unos 20 niños y jóvenes. Estos asisten a los colegios correspondientes del barrio o reciben clases particulares y aprovechan los programas de ocio de Terre des Hommes u otras organizaciones locales.

Después del Congreso Mundial de Biodanza de 1992 en Fortaleza, empecé a establecer un contacto más intenso con Terre des Hommes y a preparar el inicio del grupo semanal de Biodanza con niños callejeros, que finalmente llegó a durar más de un año. A continuación quiero exponer esta experiencia profunda, no siempre fácil, pero muy conmovedora, que hice como facilitadora de Biodanza, bastante inexperta todavía.



El grupo

Durante los primeros seis meses trabajé en equipo con un colega, Custódio Almeida. En el segundo semestre dirigí el grupo sola. Participaron durante todo el período, sin embargo, dos otros adultos quienes, junto con la facilitadora, representaban un punto emocional de referencia. Durante el primer semestre se formó un grupo muy grande: 20 niños, de los cuales la mayoría eran varones. Para el segundo semestre le pedimos a la institución que lo redujera a 12 niños y que cuidara de que asistiera un número igual de muchachos y chicas. Habíamos comprobado que esto era muy importante.

Los niños entre 11 y 14 años estaban, pues, en su fase pre-adolescente. A excepción de 2 muchachos, todos vivían con Terre des Hommes: los muchachos en la “casa de los muchachos”, las chicas en la “casa de las chicas”. Su experiencia primordial de la vida había sido hasta ese momento la constante amenaza de la calle, caracterizada por la violencia y la fuga. Todos, chicas y muchachos, habían tenido, además, experiencias muy prematuras y desfiguradas en el terreno de la sexualidad (abuso, prostitución) y de la afectividad (rechazo, golpes).

Realizábamos las sesiones de Biodanza en la sala de capoeira, la sala más amplia de la institución, cerca de la casa de los varones. A las chicas las traían en una camioneta Volkswagen.



Nuestros objetivos

Nuestro objetivo prioritario fue fortalecer la identidad auténtica de los niños, siendo que es de particular interés para los adolescente el desarrollo de la propia identidad. Y estos niños nunca habían experimentado ser “alguien”, como tampoco ser amados y aceptados.

En el curso de nuestro trabajo, algunos objetivos inmediatos resultaron ser particularmente importantes. Entre ellos, en la línea de la vitalidad:

- descubrir y desarrollar la alegría de vivir,
- intensificar la autoregulación corporal,
- mejorar la capacidad de fluir.

En la línea de la creatividad:

- probar diversas formas de expresión,
- encontrar nuevas posibilidades de expresión creativa.

Y en la línea de la afectividad:

- establecer y vivir relaciones emocionales,
- experimentar la reciprocidad: dar y recibir,
- sentir respeto mutuo,
- experimentar la amistad, también entre muchachos y chicas



Sin embargo, al principio tuvimos que reducir mucho nuestras metas, puesto que el grupo acababa de formarse y no había establecido relación ninguna conmigo (con nosotros) como facilitadora(es). Así que, dando nuestros primeros pasos, nos concentramos en tres condiciones básicas: queríamos

- formar un grupo,
- establecer un contacto emocional con el facilitador/la facilitadora, y
- llegar a fijar acuerdos con el grupo.

Nuestras experiencias

Antes de empezar con las actividades de grupo, tuvieron lugar varias conversaciones con la directora de Terre des Hommes y los pedagogos. Ellos mismos, además, habían experimentado una vez con nosotros la técnica de Biodanza. Entonces comenzó nuestro grupo. Todos los martes por la noche se juntaban las chicas con los muchachos y, llenos de expectación, se congregaban en la sala de capoeira. El espacio libre y la ausencia de las reglas severas de la capoeira los tentaba al alboroto. Los muchachos rápidamente se convertían en perseguidores de las chicas, y se sacaban las chancletas para pegarles con ellas. Así que, en un abrir y cerrar de ojos, los niños nos familiarizaron con su ruda realidad y pensamos que la Biodanza no nos ofrecía el punto de partida necesario. A los niños les pareció rara la música, la forma de bailar ... se reían para dentro. Dos mundos al encuentro ...

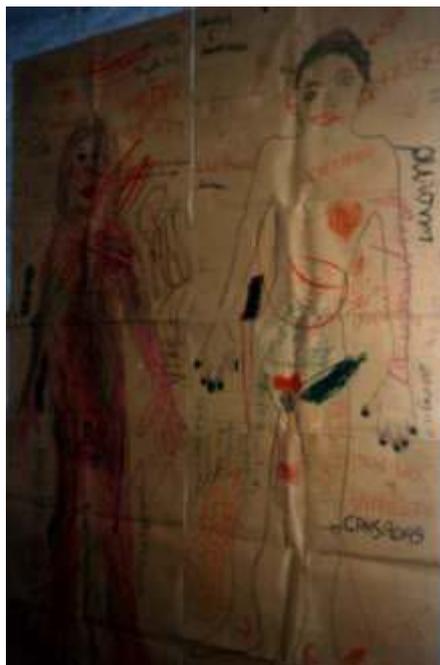
Como de antemano no habíamos tenido la ocasión de conocernos y hacer cosas interesantes juntos, aprovechamos la oportunidad que nos brindaba la “intimidad verbal”, la breve ronda comunicativa al comienzo de la sesión de Biodanza. Los niños no estaban acostumbrados a escuchar a alguien. Así que buscamos y encontramos otros medios. Fue particularmente popular el pintar a solas o de a dos sobre un tema completamente abierto. Esta actividad ayudaba a los niños a calmarse y a ponerse en contacto con sí mismos. Muchos niños pintaban cuadros de valor terapéutico interesante, otros se frustraban rápidamente o destruían sus pinturas o las de otros. Es cierto que algunos niños resultaron ser muy hábiles para el dibujo, pero se limitaban a la representación de figuras simbólicas estereotipadas.



Una y otra vez percibíamos el dilema de los niños entre “querer estar” y “no poder soportarlo”. Muchas actividades comenzadas armónicamente, de repente se podían convertir en caos y destrucción.

Poco a poco, sin embargo, se constituía una identidad de grupo, aunque también se fomentaba el conocerse y ocuparse del otro, no solamente a través del baile, sino también de los distintos juegos y actividades. Celebrábamos cada cumpleaños con velitas y pastel – y, especialmente los muchachos, se llenaban la boca a reventar a toda prisa; las chicas, en cambio, a menudo conservaban un pedazo para otra chica ausente aquella noche. Por medio de imágenes, colores y diseños de rostros, hablábamos de sueños, sentimientos o ánimos. Poco a poco encontramos juntos reglas para el grupo, que finalmente fueron aceptadas y respetadas por todos. Sólo después de unos cuatro meses se había establecido un lazo afectivo muy sutil entre los niños y nosotros: la base de nuestro trabajo. Raramente me fue tan obvia la importancia del contacto emocional – sin él no funcionaba nada.

A partir de entonces también fue posible hablar de la propia sensación corporal. Las chicas y los muchachos dibujaron la silueta de su cuerpo y pusieron una inscripción en ella, o bien la pintaron según sus propias asociaciones y experiencias. Salvo algunos notorios detalles sexuales, especialmente en el cuerpo del varón (machismo), llamaba la atención, de modo especialmente espantoso, el que los niños sintieran sobre todo cansancio y dolor en sus cuerpos.



Cada uno de los niños encontraba su sitio en el grupo: por ejemplo, inventábamos una historia juntos en la que cada uno contribuía con una frase. Así nació también un sociograma en el cual cada niño “construía” su casa y de allí dibujaba calles hacia otros niños que quería visitar.

Después de esta fase verbal (alrededor de media hora) empezábamos a bailar. Estas “vivencias” también se transformaron mucho en el curso de nuestro trabajo. Durante el primer período nos ocupaba particularmente mantener el contacto establecido y evitar los “juegos de poder” y las provocaciones. Especialmente el hecho de que en Biodanza se reduzca la luz llamaba mucho la atención. Se apagaba y encendía la luz constantemente, claro que sólo “por broma”, es decir, en el momento “inadecuado”. A causa de la falta de atención por parte de los niños una sesión escasamente abarcaba más de 8-9 ejercicios. Igualmente nuestras consignas eran cortas, acentuaban el desarrollo del ejercicio y se las acompañaba de ejemplos metafóricos del mundo de la fantasía de los niños. Especialmente al principio, utilizamos música conocida y bailes cercanos a su experiencia de vida con el fin de disminuir el sentimiento de ‘extrañeza’ hacia la Biodanza. Claro que la danza más apreciada fue el forró, que también a los muchachos les gustaba bailar juntos. Algunos muchachos estaban entusiasmados por el “breakdance” y orgullosos de su habilidad. Especialmente la lambada, el baile de moda entonces, gozaba de gran popularidad. A los niños también les gustaba participar en los bailes lúdicos, así por ejemplo en los bailes de animales: del mono, el sapo, el cangrejo, el elefante Para algunos ejercicios inventamos variaciones lúdicas. Así el “caminar con confianza” fue más excitante por el uso de gafas de cartón (sin abertura), lo que también facilitaba respetar las reglas, porque mantener los ojos cerrados por un período largo no era tan fácil.



Al principio nos enfocamos en las danzas de poca activación. Escogíamos pocas danzas en rueda y más bailes de pareja, ya que, por un largo período, les fue muy difícil a los niños mantener la rueda durante una pieza musical entera. Una y otra vez se desataban peleas – y se “rompía” el círculo o un niño se hacía daño. En cambio, las danzas de pareja forman parte de la cultura del norte de Brasil y le eran familiares a los niños. En el transcurso de nuestros planeamientos comunes semanales de las sesiones, también descubrimos que las músicas eufóricas y las danzas alegres siempre producían hiper-actividad en los niños, un acrecentamiento de la actividad que apenas se podía frenar. A causa de estas observaciones, planeábamos siempre nada más que una fase ligera de activación, seguida por una curva igualmente ligera de regresión con ejercicios de tipo armonizantes, como por ejemplo la danza del contacto de las manos, la de respiración acostados, o el nido ecológico (al principio con más distancia porque los niños temían que se les pegaran los piojos de los otros). La mayoría de las veces no fue posible retardar el ritmo progresivamente sino bastante repentinamente. Pero entonces los niños realmente sentían el silencio y el contacto consigo mismos, lo que a menudo a algunos niños entristecía mucho. A veces esto llevaba a que se ausentaran de la siguiente activación, sentándose retraídos, al margen del grupo. Sentíamos cómo su inquietud representaba un mecanismo de protección, también de sentimientos dolorosos, y cuidamos mucho de realizar los ejercicios regresivos suavemente y dentro de un espacio protegido.

En el centro de nuestro trabajo estaba naturalmente el fortalecimiento de la identidad de los niños, de su sentimiento corporal y de su seguridad en sí mismo. Algunos de los ejercicios para fortalecer su autoestima eran bailar en el centro del círculo, cantar el propio nombre, caminar dentro del círculo. Nuestras actividades se extendían a más de la hora semanal de Biodanza: participábamos en sus fiestas y festividades, por ejemplo el ‘bautizo de capoeira’ en el cual cada alumno pasa una pequeña prueba para obtener un cinturón. Pero también conversábamos a solas con cada uno de ellos y, en varias ocasiones, salimos juntos de excursión. En las noches de Biodanza celebrábamos los cumpleaños de quienes cumplían años en aquel mes. Todos los niños gozaban mucho de este ritual.



La línea de la afectividad fue otro punto principal del trabajo. En el transcurso del año, los niños, poco a poco, lograban aceptar y disfrutar el contacto corporal suave. Con la aparición del sentimiento grupal, empezaron a darse abrazos más naturalmente. Nosotros utilizábamos frecuentemente este ejercicio como parte de la fase final de activación. Progresivamente utilizábamos otros ejercicios, que llamábamos “masaje”: el masaje de la espalda primero, después también ejercicios segmentarios a dos, el círculo de comunicación o el acariciamiento del pelo.

La participación de los adultos tuvo importancia central en todos los ejercicios. Eran, antes que nada, las personas de referencia emocional para los niños. Como facilitadora, yo no podía cumplir suficientemente esta función para 12 niños. Durante la fase calmada, los adultos también servían de modelo que animaba a los niños a la imitación. En otros momentos, un adulto podía ocuparse exclusivamente de un niño que, para calmarse, simplemente necesitaba aún el regazo de un adulto.



Los resultados

Al fin del año mi grupo había dado unos pasos realmente significativos. Los niños habían desarrollado un sentido corporal mucho mayor. Habían experimentado un fortalecimiento de su identidad que además les facilitaba experimentar con nuevos modelos de movimiento y mostrarse ante los otros dentro del círculo – sin hacer de ello un espectáculo ni hacer payasadas, como había sido al principio. Muchos niños aceptaban situaciones nuevas. Mostraban menos estereotipos y más disposición para aprender. Algunos muchachos deseaban aprender el forró. En el grupo aumentaba la capacidad de fluir. Me impresionó particularmente el desarrollo de los niños en el área de la afectividad. Mostraban más confianza el uno en el otro (andar con confianza) y aumentó considerablemente su habilidad de dar y recibir. Habían adquirido la capacidad de hacer algo el uno por el otro. Pudimos realizar una vivencia repetidas veces en la que los niños se hacían regalos mutuamente (una palabra, una frase), una actividad que había sido muy difícil al principio. Experimentaban los abrazos como expresión natural de afectividad y sexualidad y aprendían a substituir los puñetazos por abrazos. También me conmovía ver a los niños ocuparse unos de otros durante los ejercicios (de acariciamiento, de masajes) – dándose algo del amor que habían conocido y hecho suyo durante el año. Las atenciones mutuas hacían que las provocaciones se volvieran más y más inútiles y fomentaban un comportamiento progresivamente cooperativo dentro del grupo, como lo lograban, por ejemplo, al realizar los dibujos comunes. Los niños se sentían a gusto los unos con los otros.



Ellos mismos lo confirmaban porque el 'ejercicio del descanso' (nido ecológico) y los ejercicios de lentitud y de ternura, al final, ocupaban los primeros lugares de su 'lista de éxitos'. Como al cabo del año yo no podía continuar facilitando el grupo, los niños estaban muy tristes. No fue una despedida fácil. Traje conmigo a Alemania muchos dibujos y cartas conmovedoras. Y en el curso de encuentros posteriores decían frecuentemente que echaban de menos a la Biodanza.



También la dirección de Terre des Hommes y los pedagogos habían adquirido una impresión muy positiva de la Biodanza. Los pedagogos especialmente comentaban que los niños dormían mucho mejor en la noche después de las vivencias de Biodanza y que las relaciones eran mucho más amistosas entre los muchachos y las chicas. La directora calificaba la Biodanza como una técnica que llenaba un vacío de su propia concepción porque ponía en primer plano las cualidades del grupo. La Biodanza apoyaba procesos de interacción como la autoregulación del grupo (reglas, sentimiento de grupo) y encausaba el sentimiento de corresponsabilidad, siendo ésto algo que el instituto no había logrado hasta entonces.

Como facilitadora de Biodanza, sigo pensando frecuentemente en “mi” grupo. Fue una forma muy intensa de aprender unos de otros, un dar y recibir que involucraba a toda mi persona. Frecuentemente me llevaba a mis límites, sometiendo a dura prueba mi capacidad de soportar la frustración y el rechazo y exigiéndome gran creatividad para superar los obstáculos y las dificultades. Fue como ver el desarrollo del brote de una semilla: la experiencia del crecimiento del amor mutuo. ¡Un regalo!

Notas de pé:

(1) Actualmente docente y directora de Biodanza en Alemania. Vivió entre 1985 y 1994 en Brasil.

(2) Un grupo de brasileros comprometidos que recibieron apoyo de Terre des Hommes / Suiza. El grupo constituye hoy una asociación independiente que continúa sus labores con financiamiento gubernamental.

(3) Una mezcla de lucha y danza al ritmo de cantos y tambores. La capoeira fue creada por los esclavos africanos en cautiverio para mantenerse en buena forma física dentro de espacios reducidos.